

Sobre la influencia yanqui

por *Sebastián Salazar Bondy*

Varios amigos extranjeros que han visitado Lima en los últimos años y a los cuales me ha tocado acompañar, como improvisado cicerone, en sus recorridos por la ciudad, han coincidido en observar que nuestra vida y nuestra cultura muestran una creciente influencia norteamericana. Desde el indumento hasta la música, desde el idioma hasta la alimentación, la personalidad peruana manifiesta una curiosa asimilación de las maneras norteamericanas de vivir. La verificación de este fenómeno ha sido motivo para que algunos celosos defensores de nuestra fisonomía —de nuestra fisonomía hispánica, especialmente— hagan público su temor y recomienden, como remedio contra ese supuesto mal, una mayor contracción defensiva hacia nosotros mismos y hacia lo nuestro. Efectivamente, tal actitud es conveniente como salvaguarda de lo propio, pero me inclino a pensar que aquel problema, visto como ha sido, con ojos proclives a lo melodramático, se ha magnificado en exceso.

Todas las naciones, en todas las épocas de la historia, han vivido bajo la doble influencia de su propia cultura y de una cultura internacional, proveniente casi siempre esta última del país política y económicamente dominante en el mundo. El signo nacional y el signo internacional han sido coordinadas de la existencia de toda comunidad vinculada a la marcha mundial por lazos materiales y espirituales vivos. En nuestro tiempo, la intercomunicación entre las múltiples culturas del orbe es tan intensa como permanente. Se han eliminado prácticamente las distancias físicas, y quedan a los ojos de cualquier hombre, aún a los de aquel que jamás se ha movido de su lugar natal, pocos países de los cuales no tenga noticia oral y gráfica. A partir de 1914, la misma Europa, cuya particular conciencia de sí misma es tan acendrada, cuya individualidad es tan maciza, cuyo patrimonio histórico es tan sólido, comenzó a sentir la presión norteamericana, no sólo en sus formas más corrientes y cotidianas, sino también en la raíz

misma de su cultura. El auge del jazz, por ejemplo, fué paralelo a la difusión de la obra de los poetas, dramaturgos, novelistas y músicos yanquis, presencia ésta que en Francia y especialmente en Italia ha adquirido recientemente una evidencia incontestable. La victoria de los aliados y, por ende, la victoria norteamericana, no fué simplemente un triunfo armado sobre el enemigo alemán, sino el trasiego de un complejo de elementos propios del espíritu norteamericano al grande y secular recipiente europeo. A nadie, en esta instancia, se le ha ocurrido pensar que el espíritu europeo, crisol de la cultura occidental, ha de ser mellado en sus fundamentos por esa nueva inyección. En el caso del Perú la penetración tiene un carácter más superficial y, digamos, más doméstico, además de sólo ser palpable en Lima y alguna que otra ciudad costera. La inmensa región andina permanece fiel a sus viejos moldes autóctonos e hispanos.

Por otro lado, es posible comprobar que entre nosotros se dan dos tipos de influencia norteamericana. Uno bajo, de formas externas, de simples costumbres y gustos, transmitido a través del cine, la radiodifusión o las publicaciones populares, y otro más elevado que alcanza a un número menos amplio de individuos. Aquél es el que se manifiesta en el traje, en las aficiones, en los bailes y en otros modos simples de vida, y este otro es el que se percibe en la literatura, la música, la poesía, el teatro, etc. El primero tiene un carácter poco profundo y, por consecuencia, pasajero, en tanto que el segundo supone la conquista de mejores y más eficaces medios de expresión de lo que en verdad y entrañablemente es nuestro contenido. En uno y otro caso, asimilamos sólo formas, puesto que en el meollo mismo de nuestro ser no perdemos la tradicional visión del mundo que heredamos de nuestra historia, escrita en páginas de sangre, rebeldía, vehemencia y heroísmo, típicas, por otra parte, de nuestra condición de gentes de un país nuevo y por realizar.

La constatación de mis amigos extranjeros no debe alarmarnos. Si lo que de fuera nos viene puede vaciar —y viciar— nuestra condición, nuestra peruanidad, eso quiere decir que dicha condición no posee cimientos firmes y eternos, tal como parece, y que de poco vale, en este caso, defenderla. Si, por el contrario, nuestra personalidad es capaz de absorber tal influencia y convertirla en suya, no hay razón para concebir que la penetración, que a tantos preocupa, pueda transformar la identidad nacional que singularmente ostentamos.